

Revelación del cuerpo... viaje por un universo polifónico

Xabier Lizarraga Cruchaga*

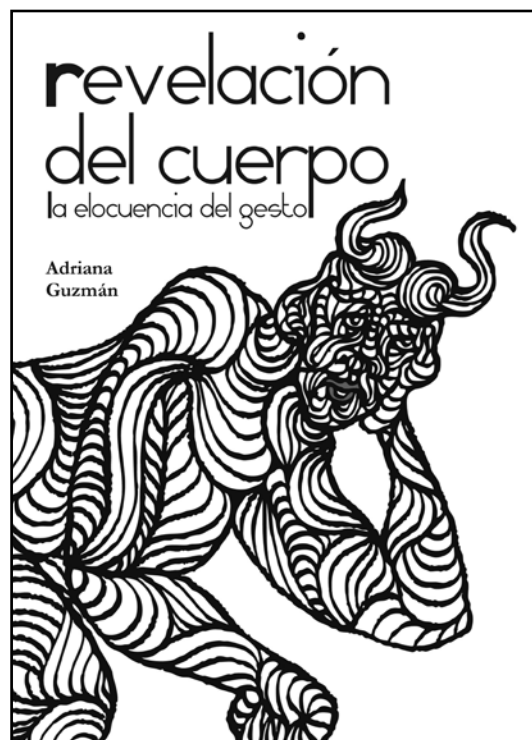
Adriana Guzmán, *Revelación del cuerpo. La elocuencia del gesto*, México, INAH, 2016.

Un individuo es una historia, como decía Le Dantec: una historia incomparable, en efecto, ocurrida a un huevo sin igual. Nosotros somos nosotros: primero porque recogimos una determinada sucesión germinal; después porque conocimos todas las circunstancias de la vida.

Jean Rostand, *El hombre y la vida*

Abrir un libro es exponerse a un juego de azar, podemos perder todo, incluso el tiempo, ganando sólo desilusión, pero también podemos ganar todo, incluso tiempo al ganarle a la ignorancia, al vencer algunos de los obstáculos que se nos ponen en el camino. Afortunadamente, cuando abrí el libro de Adriana Guzmán, cuyo título me sedujo desde el principio: *Revelación del cuerpo. La elocuencia del gesto*, aposté el todo por el todo y capítulo tras capítulo fui ganando en cada una de sus casi cuatrocientas páginas. Gané emociones, sonrisas de satisfacción y gané ideas, porque es un libro que nos hace reflexionar e invita a pensar de otra manera nuestro cuerpo. Esa realidad que todos compartimos pero que deviene única, irrepetible incluso en los gemelos univiletinos, porque no sólo es carne diagramada por un genoma específico, sino moldeada y texturizada por experiencias, por vivencias y por la gestualidad que cada día lo reelabora; como antropólogo físico, soy consciente de que el cuerpo es el resultado de un soma y muchas circunstancias, y eso mismo de alguna manera nos dice en cada página la autora. Y gané numerosos placeres al leerlo, porque el libro tiene, además, el mérito de estar muy bien escrito, con una prosa mediada por la poesía sin perder rigor académico, una prosa que entreteje imágenes, metáforas y reflexiones con datos y referencias, una prosa con citas dosificadas para no desviar la atención y al mismo tiempo centrar el complejo tema que

* Dirección de Antropología Física, INAH.



aborda: el cuerpo. Es satisfactorio, experiencia hedónica, leer un libro académico con la pasión de quien lee una excelente novela o un seductor poema, pues desde la primera página la autora se muestra decidida a seducir y a construir sus ideas entretejiéndolas con ritmos de música, para que dancen nuestras mentes, con alusiones metafóricas para que también se espabilen: “El cuerpo... siempre el cuerpo: polivalente, polisémico, polifónico, policromo, poliédrico... maravilloso universo del ser. Quién que sea no es un cuerpo. Afirmación recurrente que le da cuerpo a este discurso del cuerpo que además presenta cuerpos. El cuerpo... siempre el cuerpo” (p. 17).

No resulta sencillo, sin embargo, reseñar un libro que, página a página, se va expandiendo como un universo de ideas, de fenómenos, procesos, propuestas y discusiones con el que Adriana Guzmán teje una trama sólida, flexible, a veces hasta inquietante: uno no puede dejar de pensar mientras lee y a veces debe dejar de leer para no sólo pensar, sino para respirar, tomar aire y sonreír... y continuar.

El libro nos abre un panorama amplio, invitándonos a pensar en clave interdisciplinaria —y transdisciplinariamente, como demandan las antropologías—, pues Adriana Guzmán reconoce que las disciplinas necesitan alimentarse unas de otras para acceder a un conocimiento no mutilado por reduccionismos lamentables.

Es satisfactorio y hedónico leer un libro académico en el que se conjugan miradas y propuestas de diversas

disciplinas, un libro en el que acompañando al pensamiento de Claude Lévi-Strauss —al que personalmente suelo leer con cautela— y de Jacques Lacan —con quien no deseo comprometerme— están otros muchos autores que no se estorban ni se hacen ruido, entre los que encontramos a Roger Bartra, Leonardo da Vinci, Umberto Eco, Michel Foucault, Victor Turner —a quienes siempre se les aprende algo nuevo—. Adriana Guzmán ha escrito un libro complejo, y la complejidad me seduce, pienso que debe seducir siempre si queremos hacer buen y sólido trabajo académico; un libro que nos lleva de la mano para entender el cuerpo en la cultura y a través de ella, el cuerpo que experimenta y deviene en sujeto, porque somos cuerpos, cuerpos en movimiento, en el tiempo y el espacio. Un seductor texto que después nos muestra que el gesto no es algo trivial, sino que constituye y construye todo un sistema, un complejo sistema que habla y que grita no pocas veces sólo con gestos de dolor o con ese gesto que da a la pintura una razón de ser, la de convertirse en espejo de quien se reconoce en situaciones, momentos e intimidades, solo y acompañado, como protagonista y como comparsa en el concierto social. El libro de Adriana Guzmán nos lleva, finalmente, a aterrizar con cuerpos y con gestos en una de las artes que a ella misma la han hecho construirse con disciplina, con determinación, con el dolor del rigor y de la rutina; el gesto y el cuerpo sometidos a la repetición del giro, del salto, del quiebre, e incluso abandonado en la entrega a otros al hacerse responsable de la coreografía del sentimiento: la danza, donde quizá la antropóloga-bailarina ha descubierto que el gesto se vuelve, si no más expresivo, quizá más elocuente, porque es grito enmudecido, canto silencioso que deja que otros, músicos y espectadores compongan sus personales, íntimas melodías.

Revelación del cuerpo es un libro que nos reta a pensar un poco más allá de lo evidente, más allá de los tópicos que suelen abordarse cuando la palabra “cuerpo” es el epicentro de un trabajo, de un análisis, de un estudio. Es un libro que se aproxima al cuerpo desde varios ángulos, el inevitable de lo biológico, porque sin biología el cuerpo no existe, porque la biología le da su base primaria, su sustancia elemental y su materialidad, con larga historia evolutiva detrás, a la que se agregan otras historias sociales y personales, que hacen evidentes otras realidades, las de los grupo-sociedad, las de culturas y emociones; todas ellas, historias con múltiples historias en su interior, historias de amor y pasión, de frustración y rabia, de placer y desconcierto... Historias como matrioskas rusas: las ontogenias desde la gesta-

ción hasta la culminación del crecimiento y el desarrollo, las biografías saturadas de momentos y secuencias, los adiestramientos, las rutinas y los usos (a veces, abusos) de las capacidades de movimientos y expresiones.

Es un libro en el que, finalmente, el gesto sirve de guía/cicerone para comprender al cuerpo, porque el gesto es texto, es texto de experiencias: el gesto es una voz para la lógica de lo viviente y la lógica de lo sintiente. Voz importante, porque el cuerpo sin gesto es un cuerpo sin experiencias, y entonces no es cuerpo, todo lo demás es soma, como el cadáver: envoltura de músculos y huesos sin actividad. El cuerpo experiencial es el que deviene en sujeto, en sujeto social y sujeto a lo social en el tiempo y el espacio... Atractivo panorama, invitación a un viaje académico y más allá de lo académico, vivencial, porque la autora nos hace maravillarnos de lo que somos y tenemos, de lo que el cuerpo es capaz de llegar a ser y a sentir: materia maleable que proyecta satisfacción y fatiga, ilusión, dolor y cansancio para ser capaz de comunicarse a través del gesto, tanto en la vida cotidiana como en la pintura y en la danza, en el teatro y en el cine, incluso en la literatura y en la ciencia... Me gusta imaginar el gesto triunfal de Arquímedes al gritar, según cuentan: “¡Eureka!” (εὕρηκα: lo he descubierto).

Adriana Guzmán nos habla del cuerpo que es carne y del que es imagen, del que es gesto y representación, del que es motor y receptor de movimientos, de innumerables formas de movimiento; nos habla, nos presenta, nos describe y disecciona un cuerpo que desborda sus fronteras biológicas para construir escenas y escenarios de gestos sin fronteras... de muecas y gritos de placer y de dolor. Como antropóloga, *antropologiza* esa materia viva que tenemos todos, que somos todos, que vemos en todos cuando realmente los vemos, y como bailarina es capaz de describirnos, de explicarnos, de comprendernos como cuerpos que sienten, que experimentan dolor, mucho dolor en la disciplina; sí, para Adriana Guzmán es importante que reconozcamos en nosotros mismos lo que el dolor supone al cuerpo: un constructor... El dolor como grito y como gesto que materializa el ser, el estar, el mostrarse y el hacerse único y poderoso, el dolor que anida en la pirueta y en el trabajo, incluso en el amor, si el cuerpo lo sabe exprimir; ese dolor que satisface porque permite, mediante el gesto, comprender y comunicar que el cuerpo vive y crea, que comparte y se vincula con otros cuerpos. A través de la gestualidad los cuerpos van construyendo relaciones y todo un lenguaje, fundamento de la humanización de aquel viejo y casi desconocido homínido convertido en referente fósil. Como texto antropológico, su libro es un planisferio en

el que se despliegan saberes adquiridos en la academia, saberes biológicos, epistémicos, sociales, psicológicos y etnológicos, pero también saberes artísticos, porque también el arte es materia de trabajo de la antropología; como texto humanista nos invita a no pensar de una sola manera, a dejarnos llevar para comprender nuestro cuerpo y los demás cuerpos, para comprenderlos sintiéndolos, reconociéndolos como algo vivido. Como nos recuerda Jorge Wagensberg:

Cualquier disciplina del conocimiento tiene un color que se puede obtener combinando adecuadamente sobre el fondo negro de la ignorancia total, los tres colores primarios verde, azul y rojo, es decir, la dosis de ciencia, arte y revelación [...]

La metáfora cromática es coherente con la afirmación de que el conocimiento es siempre impuro lo que equivale a decir que las tres primeras grandes disciplinas, aquellas que se distinguen por su método, son también impuras en la práctica, lo que implica, por cierto, que la interdisciplina no es una mera recomendación o una buena declaración de intenciones, sino una necesidad imperiosa e insoslayable.¹

¹ Jorge Wagensberg, *El pensador intruso*, Barcelona, Tusquets (Metatemas, 129), 2015, pp. 15-16.

Y eso Adriana Guzmán lo sabe, lo sabe en primera persona, lo sabe porque se atrevió, siendo muy joven, a bailar en el mundo antropológico y a *antropologizar* en el mundo de la danza.

El libro *Revelación del cuerpo*, sin embargo, no se queda en la antropología y la danza, porque Adriana Guzmán nos entrega una obra, si no acabada (porque jamás terminan los temas de sorprendernos y mostrarnos rincones), sí una obra minuciosa y delicadamente trabajada, en la que la historia del arte crea una trenza con la historia de la humanidad, ambas apasionadas, una obra en la que la antropología y la danza, las diversas expresiones del arte, las reflexiones filosóficas y las enseñanzas de corrientes psicológicas son herramientas que ayudan a comprendernos, porque con ellas podemos explorarnos, escudriñarnos en las entrañas de la carne, de las emociones y sensaciones, de las relaciones sociales; quizá porque tanto el arte como la antropología son quehaceres generosos y hedonistas, pero muy egocéntricos, por más que para hablar de nosotros mismos cada antropólogo elija hablar de otros, de los cora o de los bailarines, de los filósofos o de aquellos homínidos que un día, indeterminable en el calendario de la especie, descubrieron que el cuerpo también era materia maleable, capaz de generar, en un mismo proceso experiencial, gestual, increíbles placeres y dolores a veces incluso disfrutables, y descubrieron el camino hacia un futuro... de nuevos gestos.